

MAQUIAVELISMO HASTA LOS TUETANOS

Por Rafael GAMBRA

Creo que cuando un Gobierno se ha estabilizado mínimamente en un país debe ser reconocido por los otros Estados, ya que, en otro caso, se originan perjuicios graves a personas e intereses ajenos a cualquier cuestión política o pública.

Dicho esto, creo también que hay muchas maneras de reconocer a un nuevo gobierno o régimen, dependiendo de razones morales o circunstanciales. Así, por ejemplo, el actual régimen español fue reconocido de muy diversa manera por los diversos Estados extranjeros. Algunos —los amigos y simpatizantes con cuanto representaba— lo reconocieron en seguida, a comienzos del Alzamiento Nacional. Portugal se encontró entre los primerísimos. Otros —los países de régimen democrático-liberal— mostraron su frialdad o antipatía reconociéndolo muy al final de la guerra, o terminada ya ésta. Incluso, aun después de reconocido, encontraron medios de mostrar su aversión: Inglaterra envió poco después a un embajador —sir Manuel Hoare— que no ocultaba su hostilidad hacia el régimen de Franco, y Francia mantuvo durante muchos años emisiones de radio oficiales abiertamente injuriosas hacia dicho régimen. Y, cuando vieron ocasión propicia, retiraron sus embajadores en la esperanza de derrocar así al gobierno nacional. Otros Estados, incluso, no lo han reconocido todavía, como Méjico y la Unión Soviética.

Todo esto, que es consecuencia de imperativos ideológicos y morales desde el punto de vista de cada uno, rige para países positivistas y liberales, pero no rige, por lo visto, para regíme-

nes que “hacen un culto del honor” y dicen representar “el proverbial orgullo español”.

Así, el régimen que gobernó a Portugal durante casi medio siglo (hoy llamado salazarista) contribuyó decisivamente al triunfo nacional en la iniciación del Alzamiento, formó con el régimen español el Bloque Ibérico y fue el más fiel aliado de éste hasta su final. Motivos de gratitud que no pueden pagarse de ninguna manera. Sin embargo, cuando ese régimen ha caído a manos de una traición militar que ha colocado al país hermano en una situación preanárquica, ni una sola palabra oficial ha reivindicado aquí el derecho de las víctimas ni ha condenado la sedición y la felonía. La prensa oficial o paraoficial (consúltese “Pueblo”) ha expresado su pública satisfacción por el derrocamiento, y el reconocimiento oficial ha sido inmediato, cordialísimo. Para colmo, el Mario Soares, ese sujeto oscuro que recorre Europa mendigando las más viles ayudas para desmembrar y vender a su propia patria, se detiene en Madrid donde es recibido a bombo y platillo por el ministro español... ¿Qué pensarán de todo esto hoy los portugueses leales a su patria?

¿Hasta qué extremo el maquiavelismo —por darle buen nombre— ha penetrado en nuestra mentalidad política? ¿No se piensa en que las consecuencias morales de tales actuaciones no terminan en quienes las realizan sino que repercuten de algún modo en los ciudadanos y en el buen nombre de los españoles? ¿Que tienen éstos perfecto derecho a protestar por la injuria que sin culpa suya se les infiere?